SEDUCCIÓN EN EL AUTOBÚS

Por La Maleta de las nubes

Como soy de naturaleza curiosa y por afición montajista de cine. Es decir, que me monto yo misma unas películas merecedoras de Óscar, he asistido en vivo y en directo a la seducción en su estado más rudimentario.

En la parada del autobús, justo delante mía en la fila, había dos chicos de unos veintitantos. Por su aspecto, y sin mis gafas puestas, parecían estudiantes; barbita, pelo cuidado, mochilas, ropa informal, aunque, una vez con las gafas puestas, vi que se ocupaban de alguna labor de pintura de brocha gorda; aunque también podrían ser estudiantes de bellas artes, o incluso grafiteros.

Justo detrás mía, había una chica a la que no sabría calificar en ninguno de los apartados laborales o estudiantiles. La misma edad que ellos, peinada estilo años 80, rubia de bote color Marilyn Monroe y adicta a la pintura tanto facial como capilar (no hay que ser muy listo para saber qué fue lo que le atrajo del muchacho). Descarada en su flirteo, ojitos por aquí, morritos por allá y móvil en mano, no paraba de sacarle fotos y enviarlas por wassap a alguien, intuyo que a alguna amiga que, de lejos, instaba a la moza a atacar a su presa.

Yo, como loncha de queso en un Sandwich, acudía atónita y curiosa al espectáculo del coqueteo silencioso. El chico miraba de soslayo hacia atrás y avisaba al amigo, que andaba algo "ennortao" mirando su móvil, dándole con el codo en el brazo -¡no mires, no mires, pero hay detrás nuestra una rubia que

no me quita ojo!- Baste decir que el amigo sólo escuchar las palabras mágicas "no mires" ya estaba con el cuello vuelto buscando a la tintada damisela.

Una vez dentro del autobús, decidí sentarme cerca de los afectados para ver dónde, cómo y cuándo sería el cruce de palabras. Pero sentados uno frente al otro nada variaba. Seguían las miradas y los morritos. Hasta que a ella se le escapó un suspiro brutal, tan artificial como su pelo, que confundí con los ruidos emitidos por el compresor del vehículo. Me hizo soltar una carcajada y mirar en dirección a mi móvil como si estuviera muy entretenida con mis cosas. Ellos a lo suyo... Y yo a lo mío, es decir a seguir cotilleando. El tema empezaba ya a aburrir un poco y ganas me entraron de dejar pasar mi parada y acompañarlos en el resto del trayecto para echarles una mano como una Celestina. Pero mi sentido común y mis ganas de llegar a casa pudieron más que mis dotes alcahuetas. Así que, muy a mi pesar, pulsé el botón de parada, me bajé del autobús y se acabó la romántica historia. ¡La mía, claro! la de ellos que cada uno le ponga el final que quiera que yo anduve bien entretenida mientras duró el apasionante trayecto. Y es que nunca sabes dónde encontrarás al hombre de tu vida.